

Tótem y Tabú: Un Análisis Etnopsicoanalítico

Alfred Louis Kroeber

Fecha de recepción: 15 de marzo de 2024 • Fecha de aceptación: 19 de febrero de 2025

Traducción por:

Flavia Micaela Iquirapizarro Corrales

flavia.iquirapizarro@unmsm.edu.pe

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

La reciente traducción al inglés de la interpretación de Freud sobre una serie de fenómenos étnicos¹ ofrece una ocasión para revisar la sorprendente serie de ensayos que aparecieron por primera vez en Imago hace varios años. Existe aún más motivo para ello porque, aunque este trabajo particular de Freud apenas ha sido notado por los antropólogos, la popularidad del movimiento psicoanalítico fundado por él es ahora tan fuerte que el libro está destinado a causar impresión en muchos círculos intelectuales.

La tesis principal de Freud emerge formalmente solo hacia el final de su libro, pero evidentemente ha controlado su razonamiento desde el principio, aunque quizás de manera inconsciente. Esta tesis es (p. 258) "que los comienzos de la religión, la ética, la sociedad y el arte se encuentran en el complejo de Edipo". Él comienza con la inferencia de Darwin, desarrollada más por Atkinson, de que en un período muy temprano el hombre vivía en pequeñas comunidades compuestas por un macho adulto y un número de hembras e individuos inmaduros, los machos entre estos últimos siendo expulsados por el jefe del grupo cuando alcanzaban la edad suficiente para provocar sus celos. A esto, Freud añade la teoría de Robertson Smith de que el sacrificio en el altar es el elemento esencial en cada culto antiguo, y que dicho sacrificio se remonta a una matanza y consumo por parte del clan de su animal totémico, que era considerado como pariente del clan y su dios, y cuya matanza en tiempos ordinarios estaba estrictamente prohibida. El complejo de Edipo dirigido hacia estas dos hipótesis las une en un

¹ *Totem and Taboo: Resemblances between the Psychic Life of Savages and Neurotics*, by Sigmund Freud. Authorized English Translation, with Introduction, by A. A. Brill. New York, Moffat Yard & Co., 1918.

mecanismo con el que es posible explicar la mayoría de los aspectos esenciales de la civilización humana, de la siguiente manera. Los hijos expulsados de la horda primordial finalmente se unieron y mataron a su padre, lo comieron y se apropiaron de las hembras. En esto, satisficieron el mismo impulso de odio que es un rasgo infantil normal y la base de la mayoría de las neurosis, pero que a menudo conduce a la "desplazamiento" inconsciente de sentimientos, especialmente hacia los animales. Sin embargo, en este punto, la ambivalencia de las emociones resultó decisiva. Los sentimientos tiernos que siempre habían persistido junto al odio de los hermanos por su padre ganaron el control tan pronto como este odio fue satisfecho, y tomaron la forma de remordimiento y sentimiento de culpa. "Lo que la presencia del padre había evitado anteriormente, ellos mismos ahora lo prohibieron en la situación psíquica de 'obediencia posterior' que conocemos tan bien desde el psicoanálisis. Deshicieron su acto declarando que la matanza del sustituto del padre, el tótem, no estaba permitida, y renunciaron a los frutos de su acto negándose a sí mismos a las mujeres liberadas. Así crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo" (p. 236). Estos son "los tabúes más antiguos e importantes" de la humanidad: "a saber, no matar al animal tótem y evitar el contacto sexual con compañeros de tótem del otro sexo" (p. 53), junto a los cuales muchos, si no todos los demás tabúes, son "secundarios, desplazados y distorsionados". La renuncia a las mujeres o la prohibición del incesto también tenía esta base práctica: que cualquier intento de dividir los botines, cuando cada miembro de la banda realmente deseaba emular al padre y poseer a todas las mujeres, habría desarticulado la organización que había fortalecido a los hermanos (p. 237). El sacrificio y festín del tótem reflejaban la matanza y el consumo del padre, mitigaban "el ardiente sentimiento de culpa" y provocaba "una especie de reconciliación" o acuerdo por el cual el padre-tótem concedía todos los deseos de sus hijos a cambio de su promesa de honrar su vida (p. 238). "Todas las religiones posteriores resultan ser... reacciones dirigidas hacia el mismo gran evento con el que comenzó la cultura y que desde entonces no ha dejado que la humanidad descansa" (p. 239).

Esta mera extracción y presentación del marco de la hipótesis freudiana sobre el origen de la civilización socio-religiosa probablemente sea suficiente para evitar su aceptación; pero un examen formal es solo justo.

Primero, la suposición de Darwin-Atkinson es, por supuesto, solo hipotética. Es simplemente una conjetura que la organización más temprana del hombre se asemejara a la del gorila en lugar de la de los monos que viven en tropas.

Segundo, la afirmación de Robertson Smith de que el sacrificio de sangre es central en el culto antiguo se aplica principalmente o solo a las culturas mediterráneas de cierto período, digamos los últimos dos mil años antes de Cristo, y a las culturas entonces o posteriormente influenciadas por ellas. No se aplica a regiones fuera de la esfera de influencia de estas culturas.

Tercero, es cuestionable si el sacrificio de sangre se remonta a una observancia totémica. No está establecido que el totemismo sea una posesión original de la cultura semítica.

Cuarto, pasando a la teoría freudiana propiamente dicha, es solo una conjetura que los hijos matarían, y mucho menos devorarían, al padre.

Quinto, el hecho de que un niño a veces desplace su odio hacia el padre hacia un animal —no se nos dice en qué porcentaje de casos— no es prueba de que los hijos lo hicieran.

Sexto, si ellos "desplazaran", ¿retendrían suficiente del impulso de odio original para matar al padre; y si es así, ¿no resolvería y evaporaría el desplazamiento? Los psicoanalistas pueden afirmar ambas preguntas; otros requerirán más examen antes de aceptar la afirmación.

Séptimo, concediendo el remordimiento y la resolución de los hijos de no volver a matar al padre-desplazamiento-tótem, parece sumamente dudoso que esta resolución pueda ser lo suficientemente poderosa y duradera como para suprimir permanentemente la gratificación de los impulsos sexuales que ahora era posible.

Octavo, si la banda de hermanos permitiera que extraños —quizás expulsados por sus padres celosos— tuvieran acceso a las mujeres a las que habían renunciado, y las instituciones matrilineales o matriarcales surgieran así, ¿qué les quedaría a los hermanos (a menos que pudieran contentarse con el celibato de por vida o la homosexualidad), aparte de los vínculos individuales con otros clanes; lo que significaría la desintegración de la solidaridad misma que se presenta como tan ansiosa por preservar, incluso negando sus instintos fisiológicos?

Noveno, está lejos de establecerse que la exogamia y la abstinencia del tótem sean las dos prohibiciones fundamentales del totemismo. Freud hace referencia (p. 180) al estudio de Goldenweiser sobre el tema, que ciertamente es tanto analítico como llevado a cabo desde un punto de vista psicológico, aunque no psicoanalítico; pero no acepta ni refuta los hallazgos cuidadosamente fundamentados de este autor de que estas dos características no pueden ser designadas como primarias en el complejo totémico.

Décimo, que estos dos tabúes totémicos sean los más antiguos de todos los tabúes es una afirmación pura. Si todos los demás tabúes se derivan de ellos por

desplazamiento o distorsión, es necesario presentar la naturaleza, operación y secuencia de estos desplazamientos. Un astrónomo que dijera casualmente que cree que Sirio es el centro del universo estelar y luego procediera a tejer esta opinión en el tejido de una hipótesis aún más amplia, recibiría poca atención de otros astrónomos.

Una crítica final —que la persistencia en la sociedad y religión modernas de este primer "gran evento con el que comenzó la cultura" es un proceso no explicado— no se presionará aquí, porque Freud la ha anticipado con un *tu quoque* (pp. 259-261): los psicólogos sociales asumen una "continuidad en la vida psíquica de las generaciones sucesivas" sin preocuparse en general mucho por la manera en que se establece esta continuidad.

Sin duda, aún otros desafíos de hecho o interpretación ocurrirán a cada lector cuidadoso del libro. La enumeración anterior se ha compilado solo lo suficiente para demostrar el método esencial del trabajo; que es evadir el doloroso proceso de llegar a una gran certeza mediante la determinación positiva de certezas más pequeñas y su adición constante, independientemente de si cada una aumenta o disminuye el total de conclusiones obtenidas. Para este método, el autor sustituye un plan de multiplicar entre sí, por así decirlo, certezas fraccionales — es decir, posibilidades más o menos remotas— sin reconocer que la multiplicidad de factores debe disminuir sucesivamente la probabilidad de su producto.

Es el viejo expediente de acumular hipótesis; que, si las teorías tuvieran que pagarse como acciones o cartas de juego, sería menos frecuente. Para que esta crítica no sea interpretada como innecesariamente severa hacia un aventurero valiente y estimulante en la etnología, se debe agregar que se aplica con igual rigor a la mayoría de los etnólogos de los que Freud ha extraído debido a la fama o interés de sus libros: Reinach, Wundt, Spencer y Gillen, Lang, Robertson Smith, Durkheim y su escuela, Keane, Spencer, Avebury; y su vademécum especial Frazer.

Hay otra crítica que se puede dirigir al plan del libro de Freud: la insidiosidad, aunque evidentemente solo como resultado del crecimiento gradual de su tesis durante su escritura. El primer capítulo o ensayo, sobre el Temor Salvaje al Incesto, simplemente presenta un caso para la aplicabilidad del psicoanálisis a ciertos fenómenos sociales especiales, como el tabú de la suegra. En el segundo, la doctrina psicoanalítica de la ambivalencia de las emociones se aplica de manera muy ingeniosa y parece justa a la naturaleza dual del tabú como algo a la vez sagrado y contaminante. Concurrentemente se establece, aunque no se revela, un fundamento para el impulso hacia la tesis última. El tercer capítulo

sobre Animismo, Magia y la Omnipotencia del Pensamiento se abstiene de avanzar directamente en el argumento, pero refuerza su futura influencia en el lector al enfatizar el paralelismo entre los sistemas de pensamiento de los salvajes y los neuróticos. El último capítulo no es, principalmente, una discusión sobre la Recurrencia Infantil del Totemismo, como se designa, sino un análisis de las teorías etnológicas actuales sobre el origen del totemismo en la sociedad y la presentación de la teoría del autor. Sin embargo, esta hipótesis, hacia la cual todo ha estado tendiendo, no comienza a ser revelada hasta la página 233; después de lo cual, excepto por afirmaciones tentativas sobre una amplia extensibilidad del principio alcanzado y algunas admisiones claramente justas de debilidad, el libro se cierra rápidamente sin ningún reexamen o prueba de su proposición. La explicación del tabú en las páginas 52-58 es una parte esencial de la teoría desarrollada en las páginas 233 en adelante, sin que se indique que así sea. Luego, cuando el paralelismo entre el pensamiento salvaje y neurótico ha sido reforzado por material en gran parte irrelevante para la tesis final y bastante específica, esta se revela repentinamente. A Freud no se le puede acusar de más que de un celo propagandístico y quizás de prisa en la composición; pero la consecuencia es que este libro es perspicaz sin orden, razonado de manera intrincada en lugar de estrechamente, y dotado de una persuasión no fundamentada. El lector crítico percibirá estas cualidades; pero el libro caerá en manos de muchos que carecen de cuidado o independencia de juicio y que, bajo la influencia de un gran nombre y en presencia de una imaginación sorprendentemente fértil, serán llevados a una creencia ilusoria. Nuevamente, hay atenuación —pero nada más— en el hecho de que la literatura de la antropología teórica consiste en gran medida en malos precedentes.

Pero, con todo el fracaso esencial de su propósito finalmente declarado, el libro es una contribución importante y valiosa. Por mucho que la antropología cultural pueda llegar a basarse más en el método histórico en lugar del psicológico, nunca podrá liberarse definitivamente, ni debería desear hacerlo, de la psicología que subyace en ella. A esta psicología, el movimiento psicoanalítico iniciado por Freud ha hecho una contribución indudablemente significativa, que todo etnólogo debe tomar en consideración tarde o temprano. Por ejemplo, las correspondencias entre las costumbres de tabú y las "neurosis compulsivas" desarrolladas en las páginas 43-48 son incuestionables, al igual que el paralelismo entre los dos aspectos del tabú y la ambivalencia de las emociones bajo una prohibición aceptada (p. 112). De nuevo, la extraña combinación de luto por los

muertos con el miedo a ellos y los tabúes contra ellos ciertamente se ilumina, si no se explica, por esta teoría de ambivalencia (pp. 87-107).

Incluso es posible ampliar el punto de vista de Freud. Donde está en vigor el tabú sobre el nombre de los muertos, no solo encontramos el temor de que la mención pueda atraer el alma de vuelta para perjudicar a los vivos, sino también un verdadero shock ante la mención como un insulto o manifestación de hostilidad hacia los muertos. Es una pregunta válida si este shock no podría interpretarse como una reacción al odio inconsciente dirigido hacia los muertos durante su vida, como si hablar de ellos fuera una admisión de satisfacción por su partida. El shock es ciertamente mayor donde el afecto era más profundo; las personas que eran indiferentes son mencionadas sin reluctancia emocional si las circunstancias lo permiten, mientras que los enemigos, es decir, los individuos hacia quienes se expresaba odio en lugar de reprimido, pueden tener la mención de sus nombres deleitada.

De un interés muy amplio es el problema planteado por la conjetura de Freud de que los impulsos psíquicos de las personas primitivas poseían más ambivalencia que los nuestros excepto en el caso de los neuróticos; que su vida mental, como la de los neuróticos, está más sexualizada y contiene menos componentes sociales que la nuestra (pp. 111, 121, 148). La neurosis, por lo tanto, representaría usualmente una constitución atávica. Sea cual sea su significado completo, no hay duda de una notable similitud entre los fenómenos de la magia, el tabú, el animismo y la religión primitiva en general, y las manifestaciones neuróticas. En ambos casos, se da preferencia, mayor o menor, a una creación que solo tiene validez psíquica sobre la realidad. Como dice Freud, los dos no son, por supuesto, lo mismo, y la diferencia última radica en el hecho de que las neurosis son creaciones asociales debido a una huida de una realidad insatisfactoria (p. 123). Esto ciertamente no se puede negar por motivos etnológicos; sin embargo, la implicación de que los salvajes son esencialmente más neuróticos que los hombres civilizados bien puede ser cuestionada, aunque no se pueda descartar de inmediato.

La experiencia de los observadores de primera mano probablemente será unánime en que las comunidades primitivas, al igual que las poblaciones campesinas, contienen muy pocos individuos que puedan ser clasificados junto con los numerosos neuróticos de nuestra civilización. La razón parece ser que las sociedades primitivas han institucionalizado tales impulsos que, en nuestra sociedad, conducen a neurosis. El individuo con tendencia neurótica encuentra un medio aprobado y, por lo tanto, inofensivo, en el tabú, la magia, el mito y

similares, mientras que el no neurótico, que en el fondo permanece conectado con la realidad, acepta estas actividades como formas que no lo perturban seriamente. En consonancia con esta interpretación está el hecho de que los neuróticos parecen volverse numerosos y característicos en poblaciones donde la religión se ha vuelto decadente y la "ilustración" activa, como en las eras helenística, romana imperial y reciente; mientras que, en la Edad Media, cuando la "superstición" y el tabú estaban firmemente establecidos, hubo aberraciones sociales de hecho, como los flagelantes y la cruzada de los niños, pero pocos neuróticos. Lo mismo ocurre con la homosexualidad, que las tribus nativas de América del Norte y Siberia han socializado. Su aceptación como institución puede ser una desviación de la normalidad, pero ciertamente ha salvado a incontables individuos de la fuerte presión que los homosexuales definidos sufren en nuestra civilización. Sería inapropiado entrar en estos asuntos más a fondo aquí: se mencionan como una ilustración de la importancia de los problemas que Freud plantea. Sin importar lo precipitada que haya sido su entrada en la antropología y cuán frágiles sean algunas de sus síntesis, él aporta una perspicaz visión, una imaginación fecunda y, sobre todo, un punto de vista que de aquí en adelante nunca podrá ser ignorado sin caer en la estulticia.

Si bien el libro es uno que ningún etnólogo puede permitirse ignorar, una observación puede ser extendida a los psicólogos del inconsciente que proponen seguir los pasos de Freud: realmente hay mucha etnología que no está representada en absoluto por los autores que Freud discute. Para los estudiantes de este lado de la ciencia, la línea de trabajo iniciada por Tylor y desarrollada y notablemente representada entre los vivos por Frazer, no es tanto etnología como un intento de psicologizar con datos etnológicos. La razón por la cual Freud se apoya tanto en Frazer es clara. Este último no sabe nada del psicoanálisis y, con todo su ingenio, sus esfuerzos son predominantemente un juego diletante; pero en última instancia, son psicología y, como historia, solo una agradable fabricación. Si los psicoanalistas desean establecer contactos serios con la etnología histórica, primero deben aprender que tal etnología existe. Es bastante fácil decir, como lo hace Freud en la página 179, que la naturaleza del totemismo y la exogamia podrían ser comprendidas más fácilmente si pudiéramos estar más en contacto con sus orígenes, pero como no podemos, debemos depender de hipótesis. Tal observación suena un tanto ingenua para los estudiantes que desde hace mucho tiempo han decidido que la etnología, como cualquier otra rama de la ciencia, es trabajo y no un juego en el que las suposiciones afortunadas puntúan; y por lo tanto, sostienen que dado que no sabemos nada directamente sobre el origen del

totemismo u otros fenómenos sociales, pero tenemos información sobre estos fenómenos tal como existen en la actualidad, nuestro negocio es entender tan completamente como sea posible la naturaleza de estos fenómenos existentes; con la esperanza de que tal comprensión pueda llevar gradualmente a una reconstrucción parcial de los orígenes, sin suposiciones indebidas.

University of California, Berkeley, California.